

## Sobre la unidad de la psicología y los problemas del método

José E. García-Albea  
*Universitat Rovira i Virgili*

En toda actividad humana, y particularmente en la actividad científica, resulta muy saludable parar de vez en cuando y ejercitar la reflexión y la auto-crítica. En el caso de la ciencia, además de saludable es del todo inexcusable, al tener como rasgos distintivos los de ser un conocimiento abierto, dinámico, autocorrectivo y orientado hacia el descubrimiento de verdades contingentes. Así que, de entrada, hay que agradecer la invitación a la reflexión que nos hace Juan Delgado en su artículo *Psicología en crisis. Metodología dogmática. Encuentros y desencuentros*. También hay que agradecer su postura autocrítica, al cuestionar desde dentro –por su adscripción al Área de Metodología– las propias prácticas metodológicas que, según él, se prodigan en la psicología científica. Dichas prácticas, alimentadas por la presión externa para publicar que envuelve al investigador actual, acaban teniendo para Delgado efectos perversos en el avance de nuestra ciencia, contribuyendo a disimular –y, en el fondo, a prolongar– el estado de crisis cuasi-permanente en que se encuentra la psicología (fragmentación, diversificación, indefinición teórica, etc.).

El artículo que nos ocupa es, principalmente, un manifiesto –no exento de la retórica de todo buen manifiesto– contra el *statu quo* de la práctica científica en psicología, manifiesto en el que se cargan las tintas sobre el extraño maridaje entre la falta de solidez conceptual y el dogmatismo metodológico, utilizado éste como pretendido remedio de aquella, y sirviendo de vínculo entre ellos la ya mencionada presión del publicar a toda costa. De hecho, el desarrollo del artículo sigue este orden de exposición: empieza por analizar las dimensiones de la crisis de la psicología en términos de varios contrastes disgregadores que afectan tanto a la investigación básica como a la práctica aplicada; a continuación, dedica un amplio apartado a denunciar los planteamientos metodológicos de tipo restrictivo y monocorde, en los que la relevancia del contenido es sacrificada en aras del rigor operacionalista y la sofisticación de los modelos matemáticos

para el análisis (y el ajuste) de los datos; y por último, examina la forma en que las dos tendencias anteriores interactúan y se manifiestan en los rituales de la actividad investigadora, bajo la mediación decisiva del *publish or perish*. El manifiesto concluye con un mensaje de reacción frente a los hechos denunciados: hay que liberarse de la presión “publicista”, hay que estar abierto a la diversificación metodológica y hay que dotar al método de contenidos relevantes, mediante una mayor dedicación al pensamiento crítico y al refinamiento conceptual. «Primero pensar, después publicar» es, en palabras de Delgado, la idea central que dirige su artículo.

En líneas generales, y dejando de lado los excesos retóricos y algunas simplificaciones puntuales, es difícil no compartir la conclusión final del artículo así como buena parte de las recomendaciones que van apareciendo a lo largo del mismo. Son recomendaciones provechosas para la investigación psicológica, como lo son para el quehacer científico en cualquier otra disciplina, y es obvio que, allí donde se detecten las desviaciones apuntadas por Delgado, habrá que hacer un esfuerzo por corregirlas. Nada que añadir, pues, al ejercicio de purificación que demanda el artículo, lleno de buenas intenciones acerca de la prioridad de las cuestiones de contenido, la adaptabilidad instrumental de la metodología y la resistencia a la presión social por publicar. Mi comentario se va a centrar más bien en el hilo argumental que sigue Delgado y, concretamente, en el entramado de relaciones que establece entre los distintos elementos del drama. Lo que me propongo es una especie de *crítica de la crítica*, por la que me voy a permitir cuestionar cada uno de los supuestos de partida, aunque sólo sea para introducir algunas matizaciones y rebajar el peso que se atribuye al factor “publicista” en los desvaríos que parecen afectar a la psicología actual.

## ¿La Psicología en crisis?

Se ha convertido en un tópico considerar que algo está en crisis por motivos tan variados y dispersos como los que corresponden a una situación complicada, o expuesta a cambios, o en peligro de extinción, o también a algo en fase de crecimiento, o con un gran dinamismo interno, o al proceso de gestación de algo nuevo. Simplemente, el hecho de que se produzca un cierto grado de incertidumbre respecto a cualquier empresa humana ya nos lleva a considerar que está en crisis. Y lo más curioso de todo es que, en determinados ámbitos, lo de estar en crisis –que, a primera vista, parecería algo transitorio– resulta ser un rasgo permanente (por ejemplo, lo de que el teatro, el arte moderno, o el cine español siempre están en crisis). Es verdad que, con respecto a la actividad científica, por lo menos desde Kuhn (1962), las crisis se corresponden con periodos específicos en el desarrollo de una disciplina, momentos precursores de un cambio de paradigma (o, si se quiere, de una revolución científica). Sin embargo, atendiendo a las razones que da Delgado para considerar que la Psicología está en crisis, también parecería que es una de esas empresas humanas en que la crisis acaba siendo permanente, sin prestar especial atención a si, como ha ocurrido en otras ciencias, se puede ya hablar de crisis kuhnianas en

la todavía corta pero apretada historia de la psicología científica. Más que interesarle este asunto, Delgado utiliza el término “crisis” para cubrir toda una serie de aspectos relacionados con la diversificación, especialización y fragmentación de la psicología, aspectos que tienen como resultado perturbador el de la confusión conceptual y la falta de entendimiento entre unas facciones y otras de las que coexisten en la órbita psicológica.

El análisis que hace Delgado de las divisiones que atentan contra la unidad de la psicología parece algo exagerado y con una notable dosis de artificialidad. Supongo que la casuística puede ser muy variada, pero sostener tan rotundamente que los contrastes que examina (psicología científica vs. profesional, académica vs. humanística, ciencia natural vs. ciencia social) llevan indefectiblemente a una división tan radical entre las distintas ramas u orientaciones de la psicología como para no poder comunicarse entre sí, por falta de un lenguaje común y de un marco de referencia compartido, resulta desmesurado. Y no digamos si la división e incompreensión que afecta a la ciencia psicológica ha llegado a tal punto que ni nos podemos poner de acuerdo en lo que incluye el propio término “psicología” ni, peor todavía, en lo que se pueda entender por “ciencia”. Sencillamente, el caos.

Lo que me interesa resaltar aquí es que esta visión catastrofista no se corresponde con lo que, según insinúa el propio Delgado, ha podido ocurrir en otras ciencias como resultado de la diversificación; y tampoco se corresponde, añadiría yo, con lo que de hecho ha ocurrido en la corriente (o corrientes) dominante(s) de la psicología científica en su desarrollo histórico. Quizá, en último término, el devenir de la psicología no sea tan distinto del de las demás ciencias, a pesar de las características especiales de cada una y los problemas específicos con que se enfrentan.

En primer lugar, y por lo que respecta a la situación de otras disciplinas, empezando por las más asentadas (Delgado alude al ejemplo de la Física), se reconoce sin dificultad que la fragmentación puede ser una consecuencia normal de la especialización del conocimiento y que la diversificación en subdisciplinas –por la variedad de problemas, intereses, métodos y aplicaciones técnicas– es un fenómeno habitual. Además, la *diversificación* no parece llevar necesariamente emparejada la *división* o la falta de entendimiento, y no supone un obstáculo para aspirar a la unidad del conocimiento (la “consiliencia” de Wilson, 1998, a que se refiere Delgado), sino que, casi por el contrario, la diversidad de perspectivas y de niveles de análisis viene a ser una pre-condición para el acceso a dicha visión unitaria dentro del marco general del conocimiento científico. La historia de la ciencia moderna, desde su emancipación de la filosofía, se ha desarrollado en una tensión constante entre el *análisis* diferenciador –origen de la especialización y base del propio método científico– y la *síntesis* integradora –como ideal heredado de la madre filosofía– que trata de hacer conciliables (congruentes, coherentes, “consilientes”, etc.) los distintos niveles de la explicación científica y, dentro de cada ciencia, sus distintos enfoques y ámbitos de estudio.

En segundo lugar, y por lo que respecta a la situación concreta de la Psicología, no creo que esté justificado el diagnóstico que proporciona Delgado,

al alejar de una forma tan dramática a nuestra ciencia del flujo general en que se mueven las demás. Desde los comienzos de la psicología científica, y a pesar de importantes diferencias en cuanto a la orientación (general vs. diferencial, estructuralista vs. funcionalista, básica vs. aplicada) y en cuanto al paradigma dominante (mentalista vs. conductista), ha habido un sentido claro de continuidad y un esfuerzo persistente por dar con una explicación unitaria de los fenómenos estudiados. Es verdad que la tarea no ha sido nada fácil y que los avances que hayan podido registrarse han alternado con numerosos fracasos y vacilaciones. Y también es verdad que, con motivo del enfrentamiento de mentalismo y conductismo, la Psicología se ha visto expuesta a una transformación profunda en la configuración de su objeto de estudio, de su aparato conceptual y de sus procedimientos y técnicas de investigación. Pero está claro que el propio enfrentamiento, y el radicalismo con que se produce la sustitución de un paradigma por otro, son señales de que la Psicología no ha sido ajena, ni mucho menos, a la búsqueda de un nivel propio de explicación y de un marco teórico unitario.

La situación actual –digamos que de los últimos cuarenta años– es especialmente ilustrativa de que la Psicología no anda tan perdida como parece dar a entender Delgado en su artículo. El paradigma dominante, en este caso un mentalismo de nuevo cuño que se articula en términos cognitivo-computacionales, y que trata de conectar con sus bases biológicas y neurofisiológicas, le ha permitido a la Psicología disponer de un marco teórico-conceptual de un vigor sin precedentes; y ello, tanto en lo que respecta a las cuestiones internas de la propia Psicología (por ejemplo, la posibilidad de plantear y abordar de forma operativa las cuestiones relativas al funcionamiento mental) como en lo que se refiere a sus relaciones con otras disciplinas (Neurociencia, Computación, Lingüística, Antropología, Filosofía), ocupando una posición nuclear en esa empresa común llamada “ciencia cognitiva” (cfr. Gardner, 1985; Posner, 1989; Lepore y Pylyshyn, 1999; Wilson y Keil, 1999). Nunca antes como ahora la investigación psicológica había estado tan arropada por las disciplinas afines y, a la vez, había tenido tanto poder de proyección por sus contribuciones a esas otras disciplinas. El objetivo de la Psicología parece claro y suficientemente bien definido como para convocar el interés y la asistencia multidisciplinar: averiguar cómo funciona la mente humana, cómo interactúa con el medio y cuál es el origen y desarrollo de sus capacidades (cfr. el ejemplo de la “Nueva Síntesis” representado por Pinker, 1997). Sin embargo, la claridad en los objetivos no supone que los viejos problemas estén ya superados (el problema de la consciencia o el de la acción voluntaria, por ejemplo) o que no vayan a surgir algunos nuevos (el “problema del marco”, por ejemplo, para los modelos computacionales al uso), o que el camino para llegar a esos objetivos no esté plagado de dificultades y obstáculos y haya que armarse de todos los recursos disponibles para poder avanzar aunque sea muy poco a poco (cfr. los problemas con la “Nueva Síntesis” mostrados por Fodor, 2000). Aquí es donde, si se quiere hablar de crisis, habría que buscar la razón de la (supuesta) crisis *permanente* de la Psicología: en que hacer psicología es muy difícil. Pero entonces, más que de crisis, habría que hablar de una condición inherente a la propia disci-

plina. Y en este sentido, no resultaría ya tan extraño que se produjeran desajustes entre, por una parte, las posibilidades y los ritmos, más bien lentos, de la tarea investigadora en cuanto tal y, por otra parte, la compulsividad y urgencia de las demandas sociales que recaen sobre la práctica del psicólogo profesional. Pero que haya desajustes no significa que científicos y profesionales no se puedan entender, sino quizá simplemente que los segundos no puedan *esperar* a que les venga todo resuelto por los primeros para ponerse a actuar, y tengan por ello que seguir apelando a la experiencia y derrochando mucho eclecticismo y sentido común. En mayor o menor medida, también pasa y ha pasado en otras disciplinas (como en las ciencias médicas, sin ir más lejos).

### ¿Dogmatismo metodológico?

El extenso apartado que dedica el autor a los aspectos metodológicos de la psicología es principalmente una crítica interna dirigida a los propios metodólogos y a las orientaciones y enseñanzas procedentes de su área de conocimiento. En este contexto, Delgado es particularmente severo con la práctica de su propia especialidad, dedicándole, así de entrada, una ristra de once calificativos no muy halagadores, seguida de media docena de descripciones un tanto despreciativas de sus rasgos más problemáticos, y terminando el apartado con la propuesta de un amplio debate interno sobre al menos otra media docena de cuestiones que el autor considera claves para la regeneración que necesita el área. Es mucha acusación como para poderla valorar en un comentario breve como éste. Y con el inconveniente, en mi caso, de tener que hacerlo como *outsider*, lo cual podría ser tomado como un entrometimiento poco oportuno. Así que la réplica en este punto creo que corresponde principalmente a los propios afectados por la crítica y habría que hacerla, por lo tanto, desde dentro del área de metodología.

Ahora bien, el análisis que hace Delgado de la “cuestión metodológica” va más allá de la problemática de su área y afecta a la investigación psicológica en general, sea cual sea el área donde se inscriba. Visto desde esta perspectiva general, y teniendo en cuenta los principales desarrollos de la psicología científica, es como me permito cuestionar el dogmatismo metodológico que le atribuye el autor a nuestra disciplina. Mi comentario se va a centrar expresamente en esta acusación de dogmatismo, sin detenerme más de lo imprescindible en los asuntos colaterales que se suscitan a cada paso, por los que el autor trata de conectar su discurso con los grandes temas de la epistemología y la filosofía de la ciencia: el de las relaciones entre teoría y datos, entre teoría y método, o entre método científico y método experimental; el de los cánones positivistas, junto al de la crisis y superación del positivismo; la conexión entre positivismo, operacionalismo y anti-realismo; el problema de la inducción y el estatus de los conceptos teóricos; etc. Son todas ellas cuestiones de gran calado que afectan a la Psicología como al resto de las ciencias, y que no podemos tratar aquí con la extensión que merecen (cfr. Díez y Moulines, 1999, para un tratamiento detallado de esas y otras cuestiones relacionadas).

Para Delgado, el dogmatismo metodológico de la Psicología consiste en la adopción del paradigma experimental basado en la derivación y contrastación de hipótesis (según el “híbrido Popper-Fisher”, en expresión del autor) como la forma única de método científico. Ello habría dado lugar, según Delgado, a una serie de consecuencias indeseadas que van a contribuir, indirectamente, a agravar la crisis de la Psicología. Entre esas consecuencias destaca las siguientes: (a) la *confusión entre teoría y método*; (b) la *restrictividad en la concepción de los experimentos*; y (c) el *subjetivismo operacionalista en la definición de los constructos teóricos*. Respecto a la primera consecuencia, Delgado distingue entre las dos situaciones que pueden llevar a la mencionada confusión: aquella en que el método es completamente dependiente de la teoría (los experimentos no tendrían vida propia, sólo tendrían sentido para contrastar hipótesis) y justo la contraria, aquella en que es el método el que acaba determinando la construcción de la teoría (por la redescritión de los resultados experimentales en términos de constructos presuntamente explicativos). En cierto modo, las otras dos consecuencias mencionadas (b y c) se pueden relacionar con una u otra de estas dos situaciones. Así, la restrictividad en la concepción del experimento (b) empieza por reducir el sentido de los experimentos a la contrastación de hipótesis y termina por considerar como único modelo válido de experimentos el de aquellos que se ajustan al patrón del método hipotético-deductivo. Por otra parte, el subjetivismo operacionalista (c) no es más que la última consecuencia del prejuicio metodológico por el que un *modelo de procedimiento* (como es el experimental) se convierte en un *modelo teórico-causal* y determina el contenido (variable en función de los procedimientos de cada uno) y la consiguiente proliferación de los constructos explicativos (cfr. Katzko, 2002, para una valoración parecida de este punto, a partir de su crítica al llamado “supuesto de unicidad” –*uniqueness assumption*– que caracteriza, según él, la retórica de la investigación psicológica).

Está claro que ha habido sesgos y abusos en la utilización del método experimental en psicología, así como en la forma de conectar las observaciones derivadas del mismo con los argumentos explicativos de una u otra teoría psicológica. Y creo que no es de extrañar, además, que eso haya ocurrido sobre todo en la etapa de hegemonía conductista, por la prominencia otorgada al método experimental y por los supuestos antimentalistas y operacionalistas que guiaban la investigación psicológica. Al renunciar a ir más allá de lo observable, en condiciones rigurosamente controladas, el aparato teórico del conductismo se tuvo que conformar, en la mayoría de los casos, con establecer un puente directo entre el patrón observado de conexiones Variable Independiente-Variable Dependiente y el modelo explicativo en términos de cadenas asociativas Estímulo-Respuesta. La teoría quedaba sometida al método y los constructos psicológicos eran poco más que formas de clasificar conductas o, como mucho, meras disposiciones conductuales.

Una vez superada la fiebre operacionalista del conductismo, que no por casualidad coincidió con la crisis del neopositivismo, la teorización psicológica se liberó de aquellas constricciones metodológicas y, de modo equiparable a otras disciplinas, se orientó más hacia el desarrollo de modelos explicativos

que tratan de dar con las causas subyacentes (internas, y en términos de estados y procesos mentales) de la conducta manifiesta (cfr. Miller, Galanter y Pribram, 1960, como obra pionera y programática del enfoque cognitivo). Es verdad que el método experimental (incluso en su versión fisheriana) seguirá gozando de un estatus privilegiado en la investigación psicológica; y es verdad también que ahora, con el nuevo enfoque, los riesgos de uso indebido son otros, y tienen más que ver con la “instrumentalización” del método al servicio de las teorías, con la reificación de los constructos teóricos o, como indica Delgado, con la justificación de «conceptos con los que construir evidencia». Otro tipo de abusos, pero que, en este caso, no creo que impliquen dogmatismo metodológico, sino más bien lo contrario, una consecuencia indeseada de la *relativización del método*.

La crisis y superación del neopositivismo en filosofía de la ciencia le ha servido a la psicología para adoptar una actitud crítica, compartida por las demás ciencias, con respecto a la evidencia empírica, por su grado de indeterminación en la validación de las teorías y los modelos explicativos. No se trata de dudar de los datos o resultados experimentales, cuando se han adoptado las medidas de rigor oportunas para obtenerlos, sino de someter a juicio su relevancia. El proceso de confirmación científica no es ya una mera cuestión de aplicar reglas inductivas en el sentido clásico, sino que, como ocurre por cierto en muchos otros ámbitos de la fijación de creencias, es un proceso típicamente *abductivo*, es decir, de inferencia no-demostrativa o, si se quiere, de inferencia a la mejor explicación. Y conviene no olvidar que la abducción es holística, sensible a propiedades globales del sistema de creencias, como lo son, en el caso de la evaluación de las teorías científicas, las propiedades de relevancia, simplicidad, elegancia explicativa, proyectabilidad y, posiblemente también, de “consiliencia” y otras por el estilo. Son propiedades que van más allá de lo que ofrece cualquier método y que operan precisamente después de que el método haya cumplido su función.

Todo ello nos lleva a la consideración de que el método debe garantizar la fiabilidad de los datos y la validez (relativa) de las inferencias inductivas, pero no va a garantizar nunca de modo suficiente la verdad última de las teorías. Pero así ha caminado la ciencia desde el principio, con verdades provisionales e hipótesis tentativas que reciben un mayor o menor apoyo empírico y que están expuestas a quedar del todo refutadas. También en ello radica el carácter dinámico, abierto y *ampliativo* del conocimiento científico, el poder descubrir verdades que no están contenidas ya en unas premisas previas (como haría el razonamiento deductivo) y que van más allá de lo contenido en los datos empíricos (como corresponde al razonamiento inductivo y, en especial, a la modalidad abductiva). Quizá Popper no esté tan anticuado como sugiere de forma tan vehemente Delgado, y quizá tampoco lo estén sus coetáneos Hempel, Carnap, Goodman o Quine, o incluso los más viejos Kant y Hume, cuando se enfrentaron y trataron de buscar salida al difícil *problema de la inducción*, problema que sigue a la espera de una solución mínimamente satisfactoria de la filosofía de la ciencia actual (cfr. el capítulo 12 de Díez y Moulines, 1999, para una amplia revisión).

La relativización (anti-dogmatismo) del papel del método en la elaboración y confirmación de teorías y en el descubrimiento científico en general, da como resultado el que, efectivamente, no se pueda hablar de un único y exclusivo método científico, ni de que, por lo tanto, valga la equiparación *método científico*=*método experimental*, por mucho que el método experimental siga sirviendo como marca distintiva del método científico (pero sin agotarlo). La noción de “metodología científica” es suficientemente amplia como para estar abierta a datos de muy diversas procedencias, en realidad de cualquier procedencia, mientras sean fiables. Además la validez (relevancia, significación) de esos datos va a depender en gran medida de la *convergencia* que pueda darse entre los de unas y otras procedencias. Pues bien, esto no sólo son buenas intenciones, sino que refleja la práctica de la investigación científica en muy variadas disciplinas. Lo interesante es constatar, frente a la visión unilateral que presenta Delgado, que ésta también ha sido y sigue siendo una práctica frecuente en la investigación psicológica.

La historia de la psicología ha sido una lucha continua por acreditarse en el conjunto de las ciencias y, para ello, ha dedicado desde el principio ímprobos esfuerzos metodológicos, tanto más que otras ciencias cuanto más difícil es el acceso a su objeto de estudio (la famosa “caja negra”). También desde el principio se consideró ineludible la utilización del método experimental, con desarrollos y aplicaciones muy variadas tanto de tipo exploratorio como confirmatorio, incluidas las valiosas aportaciones de la psicofísica, del conductismo, y las de matemáticos tan influyentes como Pearson o Fisher (aunque a Delgado le parezca éste tan anticuado). Pero el método experimental no ha sido, por lo general, restrictivo en psicología. Ha alternado con otras metodologías más o menos estandarizadas (observacional, correlacional, clínica, etc.) y no se ha limitado a las fuentes de datos estrictamente conductuales, sino que ha recurrido cuando convenía a datos introspectivos, registros neurofisiológicos, indicadores psicométricos, análisis de *corpora* o de protocolos, etc., habiendo buscado, más recientemente, la convergencia con la metodología de la simulación computacional. Al menos en el estudio de los procesos psicológicos básicos (percepción, atención, memoria, lenguaje, etc.), quizá el ámbito en que más se ha utilizado el método experimental, no resulta nada infrecuente establecer conexiones transversales entre los resultados de ésta y otras procedencias.

Así pues, ni el método experimental (aun en la versión fisheriana) ha sido la única fuente de datos para la psicología, ni el hecho de que haya adquirido un estatus privilegiado en la ciencia psicológica (como en el resto de las ciencias) es motivo suficiente para endosarle todas esas consecuencias nocivas que parece atribuirle Delgado en su artículo. Si en el apartado anterior he defendido la unidad de la psicología en virtud de su objeto de estudio, ahora propongo considerar que, con respecto al método, más que de dogmatismo habría que hablar de los problemas con que se ha enfrentado nuestra ciencia para abordar dicho objeto, así como de la pluralidad de intentos esforzados por superar esos problemas y buscar la convergencia entre datos de distintas procedencias. Los problemas con el método en psicología, y la preocupación por los mismos, se ven reflejados en las propias publicaciones especializadas, donde el espacio

destinado a la justificación y desarrollo de los aspectos metodológicos es comparativamente más extenso que en la mayoría de publicaciones de cualquier otro ámbito científico. Lo cual, por cierto, no resulta demasiado compatible con el dogmatismo metodológico que le atribuye Delgado a nuestra disciplina.

### **Ser o no ser**

En el tercer apartado de su artículo, Delgado vuelve a cargar las tintas contra las prácticas metodológicas de la investigación en psicología y retrata, de forma que él mismo considera caricaturesca, las relaciones bien difíciles (¿o quizá imposibles?) entre psicólogos y metodólogos. Por mi parte, y una vez más, no tengo nada que comentar al respecto, en la medida que ese retrato pueda reflejar la propia experiencia que vive el autor desde dentro del área o su experiencia en el trato con los psicólogos de fuera del área (experiencias que, efectivamente, no parecen muy edificantes). Si así lo dice y así lo siente, así será (al menos para él) y no hay nada que discutir sobre experiencias personales. Prefiero, por ello, centrarme en lo que, para Delgado, es “el problema principal” de la psicología actual y el origen de todos sus males, tanto conceptuales como metodológicos: la presión por publicar.

Antes que nada, y por ocioso que parezca, conviene insistir en que la presión por publicar es algo que afecta al común de las ciencias, y que si puede dar lugar a excesos y desviaciones, ello no va a ser algo exclusivo de la investigación psicológica. Lo ocurrido recientemente con el biocientífico coreano Woo Suk Hwang y sus publicaciones en *Science*, sobre la clonación en humanos de células madre embrionarias, constituye un ejemplo dramático de tales excesos y desviaciones. Ahora bien, no creo que tales abusos sean suficientes para plantear una crisis en la disciplina en que se inscriben, ni sean un indicador del estado de grave deterioro en que se encuentran sus métodos y prácticas investigadoras en general, o ni siquiera de que los procedimientos habituales de la comunicación científica (publicaciones y congresos) estén viciados de raíz. La presión por publicar es un derivado de algo inherente a la práctica científica como es su dimensión pública, por la que los procedimientos y resultados de una investigación deben ser expuestos a la consideración (valoración, réplica, corrección, etc.) de la comunidad científica y, en último término, de la sociedad en general (que es quien paga). La ciencia es una actividad social y debe someterse a los filtros que se ha impuesto a sí misma para desarrollar el sentido crítico y seguir siendo un conocimiento abierto, dinámico y autocorrectivo. No hay ninguna otra manifestación del conocimiento humano que comparta este conjunto de rasgos, de tal forma que el hecho mismo de los abusos (desviaciones, engaños, fallos técnicos, irrelevancia de los resultados) pueda ser detectado con relativa facilidad y puesto de manifiesto a través de un delicado procedimiento de evaluación entre colegas y de intentos de réplica más o menos exitosos. Puede ocurrir que unos abusos sean más difíciles de detectar que otros, y que esos casos, cuando finalmente se detectan, hagan que salten las alarmas y se proceda a revisar los filtros (como acaba de ocurrir en

el *affair* del coreano Hwang), pero esa misma reacción es un buena señal de que el sistema funciona.

Este es el ser o no ser de la actividad científica. O se tiene visibilidad y se expone uno al juicio (crítico) de los demás o, simplemente, no se *es* nadie en ese mundo de la ciencia. Recurriendo por una vez a las anécdotas personales, es ilustrativo el caso de aquel maestro (e impulsor) de la psicología española sobre el que se interesó un colega extranjero que, al no tener noticia de publicación alguna internacional del maestro desde hacía más de veinte años, preguntó si es que se había muerto (y, por supuesto, era que no). Está claro que la necesidad de publicar y la consiguiente necesidad de *hacer curriculum*, pueden desvirtuar la labor del científico, pero también pueden potenciarla. Por sí mismas, ni la necesidad ni la presión tienen por qué incidir en la calidad del producto, ni tienen por qué afectar al estatus interno y al nivel de desarrollo de una disciplina. Ya sabemos que la cantidad no va necesariamente acompañada de la calidad y que, en todo lo que se publica, no siempre es fácil separar el grano de la paja. Habrá, por lo tanto, que mejorar los procedimientos para evaluar publicaciones, evaluar *curricula* y repartir méritos. Lo que es más difícil de asumir es la postura presumiblemente radical (anti-sistema) de Delgado en que, tras atribuir al *publish or perish* todos los males de la psicología actual, no nos ofrece otra alternativa que la del «primero pensar, después publicar» o la del «más erudición, menos producción».

En el caso de la Psicología (y en particular, de la psicología española), estos últimos eslóganes suenan algo huecos e inoportunos, cuando tantas veces nos hemos quejado de una psicología “de sillón”, meramente especulativa, y se puede ya constatar la existencia de líneas de investigación empírica relativamente consolidadas y bastante productivas (en el caso de nuestro país, con un impacto internacional creciente, como nunca antes se había conocido). Además, dichos eslóganes —entendidos como el resumen de un argumento que atribuye a la presión por publicar las consecuencias negativas de alimentar la crisis de la psicología y el dogmatismo metodológico— están sencillamente vacíos de contenido; entre otras cosas, porque el argumento es fallido, ya que el autor no aporta ni una sola prueba convincente acerca de la conexión entre la supuesta causa y los efectos que se le atribuyen (lo cual no deja de resultar paradójico en un artículo en que tanto se critican las inferencias explicativo-causales a las que es propensa la psicología). Precisamente, lo que he tratado de mostrar en este comentario es que las conexiones entre los tres elementos del drama de la psicología, tal como lo pinta Delgado, son muy débiles cuando no inexistentes. La Psicología es una disciplina con indudable vocación unitaria, aunque sean muchos y muy difíciles los problemas que ha de afrontar, entre ellos, los de orden metodológico; y todo ello es previo e independiente de las condiciones externas, relacionadas con la comunicación científica, que puedan afectar a la presión que sienta el investigador por publicar o no publicar. Si es que se puede hablar de crisis de la Psicología, no creo desde luego que vaya a desaparecer porque deje de haber presión para publicar; como tampoco creo que, porque deje de haber presión, se vayan a resolver los problemas de la metodología.

## REFERENCIAS

- Díez, J.A. y Moulines, C.U. (1999). *Fundamentos de Filosofía de la Ciencia*. Barcelona: Ariel.
- Fodor, J.A. (2000). *The mind doesn't work that way*. Cambridge, MA: MIT Press.
- Gardner, H. (1985). *The mind's new science*. New York: Basic Books. [Traducción española en Ed. Paidós].
- Katzko, M.W. (2002). The rethoric of psychological research and the problem of unification in psychology. *American Psychologist*, 57 (4), 262-270.
- Kuhn, T. (1962). *The structure of scientific revolutions*. Chicago: Chicago University Press. [Traducción española en Fondo de Cultura Económica].
- Lepore, E. y Pylyshyn, Z. (Eds.) (1999). *What is Cognitive Science?* Malden, MA: Blackwell.
- Miller, G.A., Galanter, E. y Pribram, K. (1960). *Plans and the structure of behavior*. New York: Holt. [Traducción española en Ed. Debate].
- Pinker, S. (1997). *How the mind works*. New York: Norton. [Traducción española en Ed. Destino].
- Posner, M.I. (Ed.) (1989). *Foundations of Cognitive Science*. Cambridge, MA: MIT Press.
- Wilson, E.O. (1998). *Consilience: The Unity of Knowledge*. New York: Knopf. [Traducción española en Galaxia Gutenberg].
- Wilson, R.A. y Keil, F.C. (Eds.) (1999). *The MIT Encyclopedia of the Cognitive Sciences*. Cambridge, MA: MIT Press. [Traducción española en Ed. Síntesis].